

DEREK H. ALDCROFT



LA
ECONOMÍA EUROPEA
— 1914-2012 —

CRÍTICA

DEREK H. ALDCROFT
STEVEN MOREWOOD

LA ECONOMÍA
EUROPEA
1914-2012

NUEVA EDICIÓN AMPLIADA Y ACTUALIZADA

Traducción castellana de
Jordi Pascual y
Jaume Claret

CRÍTICA
BARCELONA

1. EL FINAL DEL ANTIGUO RÉGIMEN (1914-1921)

1. INTRODUCCIÓN

Durante el siglo XIX, el continente europeo —incluyendo aquí de Gran Bretaña en un extremo, en el oeste, a Rusia en el este— había experimentado un desarrollo económico sustancial. Pocos países habían dejado de verse afectados de alguna manera por las fuerzas del crecimiento económico moderno que había tenido sus orígenes en el rincón noroccidental del continente. Como bien señala Pollard, el proceso de desarrollo puede verse como un fenómeno general europeo que trasciende las fronteras nacionales, más que como algo confinado a los límites geográficos de unos pocos estados. Por otra parte, el crecimiento económico fue muy desigual en su incidencia, mientras que en comparación con tiempos más recientes las tasas de crecimiento económico fueron completamente modestas. Los centros de progreso estuvieron sin duda en Europa noroccidental —Gran Bretaña, Francia, Alemania, Bélgica, Holanda— desde donde se difundió al sur y al este a través del resto del continente, haciéndose más débil a medida que se alejaba del punto de origen. Es cierto que a finales del siglo XIX y hasta 1914 el ritmo del cambio económico fue bastante rápido en algunos de los países menos desarrollados, especialmente Italia, Austria y Rusia. Aun así, en vísperas de la primera guerra mundial, muchos de los países del este y sureste de Europa se mantenían muy atrasados en comparación con los del noroeste. Las rentas per cápita promedio en Europa meridional y oriental eran la mitad o menos de las del noroeste, y en algunos casos, por ejemplo Bulgaria, Rumanía, España y Grecia, eran sólo una pequeña porción de las que prevalecían en el área más desarrollada del continente. De hecho, un mapa de curvas de nivel de la renta en Europa mostraría (con pocas excepciones) líneas de nivel de renta de fuerza regularmente decreciente a medida que se alejara hacia el sur y el este de la zona de «altas presiones» del desarrollo avanzado.

Aunque sin duda Europa oriental y meridional se benefició de la transmisión de las fuerzas de crecimiento desde el punto de origen, el capitalismo moderno encontró un terreno más fértil en algunos territorios ultramarinos, particularmente en América del Norte y Oceanía, que el que encontró en otras partes de Europa. Dichas áreas fueron más receptivas a los flujos de capital, trabajo y tecnología europeos; tanto fue así que en 1913 las rentas per cápita ya estaban por encima de las de Europa noroccidental. Y lo que es más, estas tres áreas —Europa noroccidental, América del Norte y Oceanía, especialmente las dos primeras— monopolizaron el desarrollo económico moderno. Ellas proporcionaron el grueso de la producción manufacturera mundial y, aunque representaban sólo el 18 por 100 de la población mundial, obtuvieron casi el 62 por 100 de la renta global.

Hasta cierto punto, la posición de Europa ya estaba siendo desafiada por los desarrollos ultramarinos, especialmente por el rápido crecimiento de la potencia económica de Estados Unidos. Pero la amenaza a la supremacía europea no era seria en esa etapa, porque en muchos aspectos los desarrollos en ambos continentes eran parcialmente complementarios. Además, el orden mundial del período prebélico era tal que aseguraba la supervivencia de ambas partes. La fuerza del desarrollo capitalista de antes de la guerra descansó en la libertad con que los recursos podían ser transferidos entre las naciones, la facilidad con que las naciones industriales del centro, especialmente la Europa noroccidental, podían hacerse con los recursos primarios (alimentos y materias primas) de la periferia —principal pero no exclusivamente de las naciones menos desarrolladas— y el hecho de que no existiera ninguna disparidad seria en la tasa de progreso económico entre los principales países industriales. Este último punto es importante, porque fue esto, más que las comúnmente pretendidas virtudes del patrón oro internacional, lo que dio cierta estabilidad al sistema prebélico; una estabilidad que se contempló con cierta nostalgia en los años de desequilibrio que siguieron a la primera guerra mundial.

Lo que le hubiera sucedido a este plan si no se hubiese producido la guerra de 1914-1918 es una proposición hipotética discutible, que sin duda el tiempo sometería a examen. Sin embargo, puede decirse con certeza que la guerra afectó adversamente a la situación económica de Europa. Ésta salió de la guerra en un estado seriamente debilitado y con un saldo de problemas que iban a atormentarla a ella y a la economía internacional durante buena parte del período de entreguerras. Pero si la guerra puede ser culpable de todas las dificultades de ese período o si puede ser considerada como una causa directa de la depresión de 1929-1932 son cuestiones que serán examinadas más adelante en este estudio. Antes deben considerarse algunas de las consecuencias más inmediatas de la guerra.

Dada la escala de la guerra europea no es sorprendente que las consecuencias fueran de gran alcance. La movilización de recursos superó todo lo conocido hasta entonces. En conjunto, más de sesenta millones de hombres fueron enrolados en los servicios armados durante aproximadamente los cuatro años de hostilidades y en todos los países beligerantes hubo un extenso control de la actividad económica, especialmente en la última mitad del período. Los detalles de las operaciones en tiempos de guerra y de la movilización de recursos no nos interesan aquí, porque el interés primordial está en determinar las principales consecuencias de la guerra, y especialmente las que tienen una relación con los hechos posteriores de los años veinte y primeros treinta.

Sin embargo, es importante distinguir entre las consecuencias económicas directas de la guerra y los efectos de las acciones políticas de los gobiernos aliados en el período inmediato. La guerra originó las pérdidas de mano de obra, destrucción física, desorganización financiera, contracción del producto y condiciones sociales y políticas inestables. Dada la debilitada situación de muchos países, especialmente en Europa central y oriental, el proceso de reconstrucción y recuperación requirió la ayuda de las potencias aliadas, en particular de Estados Unidos. De hecho, como veremos, no sólo fue mínimo el importe de la ayuda directa disponible, sino que el proceso de reconstrucción se vio dificultado por los acuerdos del tratado de paz y por las políticas adoptadas para hacer frente al auge de 1919-1920.

2. PÉRDIDAS DE POBLACIÓN

Es difícil hacer un cómputo exacto de las pérdidas de población producidas por la guerra. Esto es así, en parte, porque los datos del período distan mucho de ser perfectos, pero también porque las bajas militares tan sólo fueron una pequeña proporción del número total de muertes ocurridas en ese período. Murió mucha más gente de hambre y enfermedades, o como consecuencia de la guerra civil, que en el campo de batalla. Además, debe hacerse alguna estimación del déficit de población causado por la falta de nacimientos como consecuencia de las condiciones del tiempo de guerra. Las estadísticas rusas son notoriamente difíciles de interpretar.

Las bajas militares fueron muy pequeñas en términos relativos. Durante el período de hostilidades, unos 8,5 millones de hombres (incluyendo estimaciones aproximadas para Rusia) perdieron su vida en servicio activo, esto es, un 15 por 100 de los movilizados. Esto equivalía a menos del 2 por 100 de la población europea total y a un 8 por 100 de todos los trabajadores varones. Además, unos siete millones de hombres quedaron incapacitados permanentemente y otros quince millones más o menos seriamente heridos.

La incidencia de las fatalidades varió considerablemente, aunque es obvio que los beligerantes fueron las principales víctimas. Las mayores pérdidas absolutas se produjeron en Alemania y Rusia, con dos y 1,7 millones, respectivamente; Francia perdió 1,4 millones, Austria-Hungría 1,2 millones y el Reino Unido e Italia casi tres cuartos de millón cada uno. Algunos de los países más pequeños, como Rumanía (250.000), Serbia y Montenegro (325.000), también padecieron mucho. Sin embargo, en la mayoría de los casos el impacto proporcional en términos de población fue muy pequeño. De las potencias mayores, Francia fue la que más perdió con el 3,3 por 100 de la población sacrificada en acciones militares; Alemania no se quedó mucho más atrás, con el 3 por 100; en la mayoría de los demás casos, la proporción fue del 2 por 100 o menos. De hecho, en términos relativos, los países más pequeños en general salieron peor parados; Serbia y Montenegro, por ejemplo, perdieron el 10 por 100 de su población.

Por supuesto, el impacto fue mayor de lo que indican las cifras absolutas, porque la mayoría de las personas muertas estaban en la flor de su vida y por tanto constituían la parte más productiva de la fuerza de trabajo. En el caso de Alemania, el 40 por 100 de las bajas estaba dentro del grupo de edad de veinte a veinticuatro años y el 63 por 100 entre veinte y treinta años. Tanto Francia como Alemania perdieron un 10 por 100 de sus trabajadores varones, Italia el 6 por 100 y Gran Bretaña el 5 por 100. Por otra parte, por cruel que pueda parecer, las pérdidas pueden haber sido en parte una bendición disfrazada, dadas las limitadas oportunidades de empleo que iban a darse en el período de entreguerras.

Las pérdidas civiles son más difíciles de determinar; obedecen a diferentes causas, incluyendo enfermedades, hambre, privaciones, así como al conflicto militar, suponiendo que no se hubieran producido de no ser por la guerra. Las muertes de civiles inducidas por la guerra ascendieron probablemente a unos cinco millones en Europa, con exclusión de Rusia, soportando Austria-Hungría, Alemania e Italia la peor carga en términos absolutos, aunque una vez más Serbia y Montenegro experimentaron el mayor impacto relativo.

Sumadas las muertes militares y civiles se obtiene un total de víctimas para Europa, excluyendo Rusia, del orden de doce millones, de los que poco más de 6,5 millones se debieron a causas militares. Esto representaba un 3,5 por 100 de la población europea de antes de la guerra. Alemania y Austria-Hungría tuvieron las mayores pérdidas absolutas, mientras que en términos relativos la mortalidad fue del 1 por 100 en Escandinavia al 20 por 100 en Serbia. Francia, Italia, Alemania y Austria-Hungría perdieron un 4 por 100 de su población, y el Reino Unido y Bélgica menos del 2,5 por 100.

Hay que tener en cuenta también el déficit de nacimientos o el número de no nacidos a causa de las condiciones del tiempo de guerra. Algunos de los

beligerantes registraron déficits de nacimientos muy altos: Austria-Hungría, 3,6 millones; Alemania, tres millones. Francia e Italia tuvieron déficits de 1,5 millones; Gran Bretaña, setecientos mil; y Rumanía poco más de quinientos mil. En conjunto, la pérdida de población por esta causa fue semejante a la cifra total de muertes militares y civiles.

La cifra total del déficit de población europeo, por tanto, asciende de 22 a 24 millones de personas. Esto equivalía al 7 por 100 de la población europea de antes de la guerra, o al conjunto de su crecimiento natural entre 1914 y 1919. Así, a principios de 1920 la población de Europa era aproximadamente la misma que al comienzo de la guerra. Las mayores pérdidas absolutas fueron asumidas por Alemania y Austria-Hungría con más de cinco millones cada una, pero en términos relativos Serbia y Montenegro fueron, con mucho, los que más padecieron, con déficits cercanos a un tercio de su población de antes de la guerra. Las potencias neutrales lo pasaron mejor, con pérdidas del 2 por 100 o menos. De las potencias aliadas, Francia e Italia soportaron el mayor peso. El déficit de población de Francia fue algo superior a los tres millones, o sea el 7,7 por 100 de su población de antes de la guerra. Esto incluye un déficit de aproximadamente 1,4 millones, como consecuencia de una dramática caída de su tasa de natalidad. El resultado neto fue que a mediados de 1919 la población de Francia, de 38,7 millones, era inferior en 1,1 millones a la de 1914, aun incluyendo Alsacia y Lorena, que había recuperado de Alemania.

Las cifras para Rusia son mucho menos fiables, aunque es probable que las pérdidas en este país superen la cifra total del resto de Europa. Las bajas militares en la gran guerra estricta fueron relativamente pequeñas, pero murieron millones en la revolución y en la guerra civil que vinieron a continuación. El número total de víctimas no estuvo muy lejos de los 16 millones. Añádanse a esta cifra unos diez millones por déficits de nacimientos y se llega a 26 millones, sin tener en cuenta las pérdidas en los territorios cedidos por Rusia como consecuencia del tratado de paz concluido con Alemania en 1918. Por tanto, Europa sufrió un serio agotamiento y deterioro en la calidad de la población durante el período de guerra. Las cifras citadas, además, no son estrictamente completas, porque hubo pérdidas adicionales, debidas a causas asociadas con la guerra, que se produjeron en el período posterior al armisticio. La epidemia de gripe de 1918-1919 se cobró muchas víctimas, mientras que un número sustancial de personas murieron en Europa oriental y en los Balcanes a consecuencia del hambre. Conflictos fronterizos posbélicos y matanzas entre 1919 y 1921, especialmente en el sureste de Europa, añadieron más víctimas al total.

En conjunto, pues, la lista final de bajas para todo el período de guerra, 1914-1921, suma muchos millones. Una cifra aproximada sería entre cincuenta y sesenta millones, de los que Rusia sumaría aproximadamente la mi-

tad. Las muertes militares directas en la guerra estricta representaron sólo una pequeña proporción de las pérdidas totales de población en este período.

En términos humanos, el desastre puede considerarse poco menos que trágico. Pero es dudoso que la pérdida tuviera un impacto fuerte y permanente en los países afectados. La mayoría de los países, por supuesto, perdieron parte de su mejor mano de obra, a menudo altamente cualificada, pero pocos, aparte de Francia, sufrieron escasez de trabajadores en la década siguiente a la guerra. En efecto, como así sucedió, el período posbélico estuvo marcado por un alto desempleo en muchos países europeos y así puede argumentarse que el freno al crecimiento de la población fue algo así como una especie de bendición.

3. DESTRUCCIÓN FÍSICA Y PÉRDIDAS DE CAPITAL

Las pérdidas de capital son menos fáciles de estimar con precisión que las de población. Indudablemente, el valor del stock de capital de Europa se deterioró durante la guerra, como consecuencia del daño físico, la venta de activos extranjeros, el freno a la inversión y el descuido en el mantenimiento. Stamp calculó que la guerra destruyó el crecimiento normal de unos tres o cuatro años de las rentas derivadas de la propiedad en Europa (excluida Rusia), o una trigésima parte de su valor original, y a esto debe añadirse una cantidad desconocida por el deterioro del stock de capital existente, debido al descuido o falta de mantenimiento. Europa también perdió aproximadamente una trigésima parte de sus activos fijos como consecuencia de la destrucción y daño físico, mientras que algunos países, sobre todo Francia y Alemania, abandonaron la mayor parte de sus inversiones extranjeras. Además, por supuesto, algunos países sacrificaron territorio y propiedad por los acuerdos del tratado de paz. Este aspecto se analiza de forma separada en una sección posterior.

La incidencia del impacto destructivo varió considerablemente de país a país. Los países neutrales —Escandinavia, Países Bajos, Suiza y España— escaparon ilesos y en algunos casos estuvieron en mejor forma física en 1919 que al principio de la guerra. La mayoría de los países beligerantes, por otra parte, experimentaron cortes sustanciales en la inversión, con el resultado de que sus stocks de capital eran menores al terminar las hostilidades. El daño físico fue máximo en los principales teatros bélicos, especialmente en Francia y Bélgica, aunque a Italia, Rusia y algunos países de Europa oriental también les fue mal. En comparación, Gran Bretaña, Austria y Alemania, aunque beligerantes principales, fueron castigados con bastante poca severidad. Bulgaria también lo hizo mucho mejor que sus vecinos de la península balcánica, porque el país nunca se convirtió en zona de guerra y así evitó una destrucción fuerte o el despojo de la propiedad.

Indudablemente, los territorios ocupados corrieron la peor suerte, porque compartieron las privaciones de los imperios centrales, mientras que al mismo tiempo eran explotados al máximo para el bien de amos temporales. Fue inevitable que Bélgica y Francia soportaran la carga principal, dado que buena parte de la lucha se produjo en sus territorios. La destrucción de granjas, fábricas y casas fue amplia y sustancial en ambos casos, aunque en Francia la mayor parte del daño físico tendió a concentrarse en el norte del país. Bélgica fue menos afortunada. Prácticamente todo el país fue invadido y la lista de daños hace lúgubre su lectura. Un 6 por 100 de los edificios, la mitad de las acerías y las tres cuartas partes del parque móvil ferroviario fueron destruidos o dañados sin reparación posible, miles de acres de tierra se convirtieron en inservibles para el cultivo, mientras que la población animal fue diezmada. Aunque geográficamente concentradas, las pérdidas de Francia fueron severas y se produjeron en la parte más rica y avanzada del país.

En términos absolutos estos dos países representaron el grueso de las pérdidas de la propiedad en el tiempo de guerra. Con todo, en términos relativos, es probable que algunos de los países más pequeños situados más al este, salieran de la guerra en condiciones de una mayor devastación. El valor de la propiedad perdido por Polonia fue sólo un poco menor que el de Alemania, pero el impacto fue mucho mayor. Las potencias ocupantes devastaron literalmente el país por la destrucción y el saqueo. Grandes extensiones de tierra agrícola fueron dejadas yermas, el 60 por 100 de la cabaña ganadera desapareció, gran parte del parque móvil ferroviario fue requisado, muchas fábricas fueron destruidas o despojadas de sus equipos, y 1,8 millones de edificios se perdieron por el fuego. Lo mismo puede decirse de Serbia, de zonas de Austria y también de Rusia, aunque en el último caso gran parte del daño se produjo a consecuencia de la guerra civil. De hecho, en algunas áreas la escala de la destrucción fue tan grande que la cuestión de la reparación difícilmente podía considerarse; más bien era cuestión de limpiar la tierra y reconstruir de nuevo.

En otras partes, el daño físico fue mucho menor, aunque la mayoría de los países sufrió un sustancial atraso de inversión que enjugar. Alemania perdió pocos activos nacionales, pero la mayor parte de sus activos exteriores fueron vendidos o embargados y tuvo que pagar un precio oneroso en concepto de reparaciones por su infracción. La mayor parte de las pérdidas físicas de Gran Bretaña fueron buques, aunque vendió una pequeña parte de sus inversiones ultramarinas para pagar la guerra. Francia perdió unas dos terceras partes de sus activos exteriores de antes de la guerra, por venta, insolvencia —como en el caso de las inversiones en Rusia— o a causa de la inflación.

La tarea de reconstrucción era ciertamente sustancial y en algunos países sólo podía llevarse a cabo mediante un recurso a la financiación inflacionista. Sin embargo, el proceso de recuperación europeo en su conjunto se hizo

más difícil a causa del hecho de que los acuerdos del tratado de paz impusieron graves sanciones a los vencidos y procedieron a repartir el mapa de Europa de una manera que iba en detrimento del bienestar económico de este continente.

4. EL LEGADO FINANCIERO DE LA GUERRA

Las implicaciones financieras de la primera guerra mundial fueron más serias que las de la segunda. Esencialmente, ello se debió a que el método de control financiero fue mucho menos exigente en el primer caso, y no a que la escala de las operaciones militares fuese mayor; de hecho fue al revés. El coste directo total fue, por supuesto, grande —unos doscientos sesenta mil millones de dólares si se incluyen todos los beligerantes—, aunque las cifras absolutas no significan mucho. Los mayores gastos correspondieron a Gran Bretaña, Estados Unidos, Alemania, Francia, Austria-Hungría e Italia, en este orden. Puede obtenerse una idea de la magnitud del desembolso total por el hecho de que representó unas seis veces y media la suma de toda la deuda nacional acumulada en el mundo desde el final del siglo XVIII hasta la víspera de la primera guerra mundial.

La dimensión del programa de gasto bélico no es particularmente significativa, aunque naturalmente podrían señalarse los modos más fructíferos y constructivos en que podría haberse gastado el dinero. Lo que cuenta es la manera de financiar el gasto. Casi de la noche a la mañana los gobiernos abandonaron precipitadamente la sana ortodoxia financiera del siglo XIX, lo que significó el abandono de la disciplina del patrón oro y el recurso a la financiación con déficit. Las operaciones de crédito de una u otra clase, más que los impuestos, fueron la principal fuente de financiamiento de la guerra. Alemania y Francia, por ejemplo, confiaron casi por completo en el préstamo, mientras que incluso en Estados Unidos sólo un poco más del 23 por 100 de los gastos de guerra se obtuvo de fuentes de renta. En promedio, un 80 por 100 o más del gasto total de guerra de los beligerantes se financió por medio de préstamos. Este método de financiar la guerra no tenía por qué haber sido excesivamente inflacionista si los préstamos se hubieran obtenido de auténticos ahorros, pero de hecho gran parte de la financiación procedía del crédito bancario. Los bancos concedieron préstamos a los gobiernos mediante la creación de nuevo dinero o bien recibieron «promesas de pago» de los gobiernos y entonces procedieron a incrementar la oferta de dinero utilizando las promesas como reservas. Los detalles del mecanismo variaron de un país a otro, pero el resultado final fue con mucho el mismo. Las deudas públicas aumentaron rápidamente, incrementándose la proporción de la deuda a corto plazo a medida

que pasaba el tiempo; la oferta monetaria aumentó considerablemente y las reservas metálicas de los bancos, en relación con el pasivo, cayeron notablemente. A finales de 1918 la oferta monetaria alemana había aumentado nueve veces y el déficit presupuestario seis veces, mientras que la relación entre las reservas metálicas y los billetes de banco y depósitos había bajado del 57 por 100 al 10 por 100. La situación fue incluso peor en el caso del Imperio austro-húngaro, mientras que Francia y Bélgica también lo pasaron mal. En general, la degradación de las condiciones financieras fue más aguda en los países de Europa central, menos aguda en los países neutrales y de moderado alcance en los demás.

Tales condiciones automáticamente dieron lugar a la inflación de precios y a la depreciación monetaria, dado que casi todos los países abandonaron las paridades fijas del patrón oro durante la guerra o poco después. La inflación fue mucho más rápida que durante el estricto régimen financiero de la segunda guerra mundial. La mayoría de los países experimentaron aumentos del doble al triple de sus precios, y en algunos casos mucho más, dependiendo del grado de inflación monetaria. Por ejemplo, los precios al por mayor en Alemania al final de las hostilidades eran cinco veces los de antes de la guerra, mientras que el marco había bajado al 50 por 100 de su antiguo valor. Austria y Hungría experimentaron una inflación todavía mayor con valores monetarios cayendo al 30 y 40 por 100 de la paridad original. Otros países cuyas monedas habían empezado a depreciarse significativamente eran Finlandia, Francia, Italia, Bélgica y Portugal. La mayoría de los neutrales, por otra parte, intentaron mantener o mejorar el valor de sus monedas, a pesar de grados significativos de inflación.

Las consecuencias de los acuerdos financieros de la época de la guerra son importantes y serán consideradas con mayor detenimiento más adelante. Al terminar la guerra, los problemas inflacionistas no eran, en su mayor parte, irresolubles, con las posibles excepciones de los de Alemania y Austria-Hungría. Sin embargo, empeoraron durante el primer año de paz, a causa de que continuaron las descuidadas políticas monetarias y fiscales. El cambio de política se produjo en 1920, cuando varios países, en particular Estados Unidos, Gran Bretaña y Suecia, impusieron una fuerte política de restricciones, que afectó adversamente a sus economías nacionales e hizo mucho más difícil la recuperación en el resto de Europa. La mayoría de los países europeos, sin embargo, continuaron con inflación, con consecuencias desastrosas para algunos, en especial Alemania, Austria, Polonia y Hungría. En segundo lugar, la inestabilidad monetaria dificultó el proceso de recuperación, mientras que el fracaso de los gobiernos en aceptar el declive de los valores monetarios y el abandono del oro como algo sólo temporal, con el tiempo llevó a un intento desorganizado de tratar de restaurar el sistema monetario de antes de la gue-

rra en condiciones completamente diferentes. En tercer lugar, debe hacerse referencia a la compleja serie de deudas intergubernamentales contraídas entre los aliados y las cargas por reparaciones impuestas a los vencidos, que no sólo demostraron ser una fuente de fricciones internacionales a lo largo de los años veinte, sino que también impidieron el proceso de reconstrucción financiera.

CUADRO 1.1. *Valores de los tipos de cambio de las monedas europeas (promedios de diciembre, valor nominal = 100)*

	1918	1920	1923
Austria	31.3	3.2	0.01
Bélgica	71.2	49.8	23.8
Bulgaria	—	13.7	4.2
Checoslovaquia	—	10.0	14.4
Dinamarca	101.0	70.1	66.4
Finlandia	62.6	15.9	12.9
Francia	95.2	47.9	27.2
Alemania	50.8	8.8	(1)
Grecia	100.0	84.9	9.8
Hungría	40.7	15.5	0.03
Italia	81.5	39.6	22.5
Países Bajos	106.2	94.2	94.5
Noruega	103.7	76.9	55.6
Polonia	—	6.3	(2)
Portugal	61.5	30.9	3.3
Rumanía	—	18.2	2.7
España	106.8	101.1	67.4
Suecia	108.6	80.6	98.1
Suiza	106.9	95.5	90.7
Reino Unido	97.8	78.3	89.6
Yugoslavia	—	25.7	5.9

(1) 0.000,000,000,084; (2) 0.000,034

Fuente: Sociedad de Naciones, 1943, p. 42.

5. EL DECLIVE ECONÓMICO DE EUROPA

Tal vez más grave que las pérdidas y la destrucción por la guerra, desde un punto de vista a largo plazo, fue el fuerte freno al crecimiento de la renta y del producto europeos durante la guerra, y el hecho de que desde este momento la posición de Europa en la economía mundial empezó a declinar. Casi to-

dos los países experimentaron una disminución del producto, a pesar de los esfuerzos en el frente de guerra, y al finalizar las hostilidades el stock de activos productivos estaba en mala forma. Al propio tiempo, muchos países europeos pasaron a ser dependientes de fuentes exteriores de oferta y financiación, mientras que algunos fueron obligados a vender activos nacionales y extranjeros. En un contexto global, Estados Unidos, por supuesto, fue el principal beneficiario de la guerra y a su vez ayudó a financiar la causa aliada, convirtiéndose más tarde en una fuente de financiación de los préstamos europeos. Sin embargo, Estados Unidos no fue el único país que se benefició de la prueba. Muchos países de la periferia de la economía internacional recibieron un estímulo de la demanda del tiempo de guerra, de alimentos y materias primas, mientras que la escasez de bienes manufacturados en Europa aceleró el proceso de desarrollo industrial en los países ultramarinos.

Al final de la guerra, el mundo en su conjunto estaba ciertamente peor que en 1913-1914, aun cuando algunos países, como Estados Unidos y Japón, habían superado considerablemente sus niveles de producción de antes de la guerra. Pero en términos de producto y renta el grueso de la carga cayó sobre Europa. Svernilson ha calculado que si no hubiera habido guerra y se hubiera mantenido la tasa de crecimiento del producto industrial europeo entre 1881 y 1913 (3,25 por 100 anual), entonces el nivel de producción de 1929 habría sido alcanzado en 1921. Así, a grandes rasgos, puede decirse que la guerra supuso un retraso de ocho años en el crecimiento de la producción. La mayoría de los países sufrió un cambio completo en el nivel de actividad económica, especialmente durante la última parte de la guerra y, dada la condición decreciente de los activos fijos junto con la confusión que siguió a la guerra, los niveles de actividad económica en 1919 y 1920 fueron todavía de alguna manera inferiores a los de 1913. El alcance de este déficit varió de país a país. Con mucho, el peor resultado fue registrado por Rusia, donde el producto industrial en 1920 bajó a un 13 por 100 de la cifra de 1913. Aquí hubo circunstancias especiales para justificar el resultado desastroso, en particular los continuos conflictos fronterizos, las repercusiones de la guerra civil durante el año 1920, el caos general y la mala administración del nuevo régimen soviético. Efectivamente, la economía se encontraba en un estado de completo colapso en 1920, y con razón Nove se ha referido a este período como a uno de «condiciones de pesadilla».

Ningún otro país pudo batir esta marca, pero muchos experimentaron un fuerte freno al crecimiento en los últimos años de la guerra. Incluso en 1920, el producto industrial en Alemania, Francia, Bélgica, Bulgaria, Polonia, Checoslovaquia, Austria, Hungría, Rumanía y Letonia era por lo menos un 30 por 100 más bajo que en 1913. Aun así, esto representaba una mejora con respecto a la posición predominante inmediatamente después de la guerra, cuando en Euro-

pa central y oriental la producción industrial era de un 50 a un 60 por 100 menor que antes de la guerra. La actividad agrícola continuó algo mejor, aunque incluso aquí se produjo un grave déficit. En la Europa continental la producción fue del orden de un tercio por debajo de la normal, aunque en algunas de las regiones devastadas de Francia, Bélgica y Europa oriental el declive fue considerablemente mayor.

La mayoría de los neutrales y uno o dos de los demás países lo pasaron algo mejor. Tanto Gran Bretaña como Italia consiguieron alcanzar en 1920 sus niveles de producción de 1913. Sin embargo, Suecia, Noruega y Suiza lo hicieron mucho mejor y superaron fácilmente sus anteriores niveles máximos de actividad. Los países neutrales, y Suecia en particular, se beneficiaron considerablemente de las demandas del período bélico, que ocasionaron una rápida expansión en la industria pesada y que impulsaron cierto número de innovaciones y nuevos métodos de producción. Por ejemplo, la escasez de metal dio un empujón a nuevos métodos de prospección de minerales y la escasez de queroseno aceleró el proceso de electrificación, mientras que el rápido adelanto en los metales ligeros puede atribuirse a la misma causa. Sin embargo, hubo tantas pérdidas como ganancias en los países neutrales. La aparente prosperidad se logró a costa de una aguda elevación del coste de la vida, una escasez de mercancías esenciales y un estancamiento o declive de ciertas industrias y líneas de exportación.

La pérdida de producción europea no habría tenido tanta importancia si no fuera porque los países ultramarinos se beneficiaron a sus expensas. Los dos principales beneficiarios fueron Estados Unidos y Japón. La producción norteamericana se vio fuertemente impulsada por las necesidades aliadas y la demanda de los países antes abastecidos por Europa. Por tanto, Norteamérica terminó la guerra con un gran superávit en el comercio de mercancías. Además, en gran medida como consecuencia de los préstamos concedidos a favor de los aliados europeos y la liquidación de los valores extranjeros en Estados Unidos, Norteamérica abandonó su condición de deudor neto y se convirtió en acreedor a gran escala, posición que reforzó durante el curso de los años veinte. Japón también salió de la guerra con una posición mucho más fuerte. Su participación en la misma fue sólo marginal y, por tanto, pudo beneficiarse de las oportunidades abiertas por los padecimientos de los principales beligerantes. Se convirtió en un país mucho más industrializado y técnicamente maduro, y, con un amplio aumento del producto en su haber, pasó de ser una nación deudora a serlo acreedora. En consecuencia, Japón se convirtió en un serio competidor en muchos mercados anteriormente abastecidos por los países europeos.

La competencia japonesa no fue la única fuente de preocupación para los países industriales europeos. En muchos países menos desarrollados, las esca-

seces del período bélico y la suspensión de la competencia habían proporcionado la oportunidad de expandir el sector industrial. Se mire donde se mire la historia es la misma: en el Extremo Oriente, en Asia, en América Latina, en los dominios blancos de la Commonwealth e incluso en partes de África, especialmente en Suráfrica, puede apreciarse la aceleración de la actividad industrial. Por supuesto, algo de ello fue poco más que un crecimiento en invernadero, que se marchitó cuando las condiciones del comercio volvieron a ser normales y la oferta extranjera se reanudó. Aun así, hay pocas dudas de que muchos países anteriormente dependientes se habían vuelto industrialmente más autosuficientes al final de la guerra, en detrimento de las naciones exportadoras europeas. Para aumentar las dificultades europeas, por lo menos más tarde, en los años veinte, cuando la producción agrícola se recuperó, la guerra dio un gran estímulo a la producción primaria, tanto de alimentos como de materias primas, en los países ultramarinos. La expansión de la producción de cereales, en particular, tuvo que plantear un serio problema a los productores europeos con costes altos, más adelante en los años veinte, cuando la sobre capacidad se convirtió en endémica.

Así, el efecto total del freno que el período bélico supuso para la actividad, fue un desplazamiento en el equilibrio del poder económico desde Europa hacia América y en menor medida hacia el Pacífico. En los años de entreguerras, Europa nunca recuperó su antigua posición de poder económico. Buena parte del beneficio fue acumulado por Norteamérica y Japón, aunque la guerra promovió suficiente interés por la actividad industrial en las áreas menos desarrolladas como para asegurar que la sustitución de importaciones y la subsiguiente competencia en las exportaciones aumentarían más que disminuirían en las décadas siguientes, en detrimento de Europa. El alcance del desplazamiento de poder puede apreciarse en las cifras de la distribución del comercio mundial: en 1920, América representaba el 32,1 por 100 del comercio mundial, contra el 22,4 por 100 en 1913, mientras que la participación de Asia subió del 12,1 por 100 al 13,4 por 100. En contraste, la participación de Europa y la Unión Soviética cayó del 58,4 al 49,2 por 100 a lo largo del mismo período.

6. PROBLEMAS ESTRUCTURALES

Svennilson ha sugerido que la economía europea sufrió una prolongada crisis de transformación estructural durante el período de entreguerras; el crecimiento se redujo a causa de formidables problemas estructurales que la guerra había puesto de relieve. Sólo los países que se adaptaron rápidamente a las nuevas condiciones podían esperar conseguir unos resultados satisfac-

torios; Suecia puede citarse como uno de los pocos ejemplos. Pero incluso estos países no se mantuvieron del todo inmunes a las más omnipresentes inadaptaciones surgidas de la guerra, inadaptaciones en el mecanismo económico internacional más que simplemente problemas de estructura industrial a los que se refirió más bien Svernilson.

De hecho, podría argumentarse que la dislocación de las relaciones económicas ocasionada por la guerra fue mucho más grave que la destrucción física real. Aquélla desorganizó los anteriores sistemas económicos y en parte destruyó las complicadas y a menudo delicadas conexiones comerciales del siglo XIX. Por ejemplo, todo el sistema de la banca y el crédito y la organización de los mercados monetarios fueron suspendidos, controlados o modificados durante la guerra y tuvieron que ser restablecidos o reajustados a las nuevas condiciones. El delicado mecanismo del patrón oro fue abandonado y la mayoría de las monedas perdió gran parte de su valor y estabilidad anteriores; efectivamente, el problema de la estabilización monetaria se convirtió en uno de los temas cruciales en los años de la posguerra. Nuevos problemas, en forma de grandes deudas interiores, deudas de guerra entre las potencias aliadas y reparaciones masivas impuestas a los vencidos, hicieron más difícil todavía el problema de la estabilización monetaria. Una fuerte escasez de capital en Europa central y oriental obstaculizó el proceso de reconstrucción, lo que a su vez acentuó el problema de la estabilización monetaria. Además, como veremos, el nuevo diseño de muchas fronteras en Europa supuso el replanteamiento de las conexiones comerciales y líneas de transporte, la adopción de nuevas monedas y, en algunos casos, el entero replanteamiento de los sistemas económicos.

Durante la guerra, el esfuerzo productivo de los países beligerantes, y hasta cierto punto el de los neutrales, se dirigió a nuevos objetivos; a menudo se improvisaron precipitadamente nuevos vínculos comerciales y tuvieron que cortarse relaciones con antiguos clientes. Muchos de los anteriores vínculos comerciales se perdieron para siempre, otros tuvieron que reavivarse con dificultades durante el curso de los años veinte, en una época en que la sustitución de importaciones y el aumento de la protección lo hacía más difícil. Así, las operaciones comerciales de los puertos bálticos, Riga, Reval y Narva, como proveedores de productos para el imperio ruso y como centros de distribución del comercio entre Rusia y Europa occidental, quedaron deshechas sin remedio en 1918. La propia Rusia, principal fuente de algunos materiales y proveedor importante de madera y trigo, fue separada del oeste después de la guerra civil para emerger de nuevo sólo más tarde, en los años veinte, como exportador en una época en la que sus productos tenían menos demanda. La disgregación del Imperio austrohúngaro propinó un fuerte golpe a las relaciones económicas establecidas en Europa central durante la última mitad

del siglo XIX y requirió la creación de pautas enteramente nuevas de comercio y cambio entre los países sucesores. Problemas similares, como se vio antes, se les presentaron a los países europeos en sus conexiones comerciales ultramarinas.

Uno de los problemas del período de entreguerras más graves y difíciles de tratar fue el del exceso de capacidad. Incluso antes de 1914 había signos de que algunos países industriales de Europa estaban empezando a experimentar un exceso de capacidad en ciertos sectores, y de que era inminente un proceso de transformación estructural asociado con nuevas tecnologías. La guerra aceleró este proceso y al mismo tiempo aportó varios factores nuevos. En el proceso de servir a la máquina de guerra, ciertos sectores de actividad experimentaron una fuerte hiperexpansión en relación con las necesidades del tiempo de paz y desgraciadamente fueron a menudo los mismos sectores cuyo crecimiento potencial a largo plazo era limitado. Así, la construcción de buques, el hierro y el acero, algunas ramas de la ingeniería y el carbón tuvieron una expansión considerable durante la guerra, con el resultado de que el exceso de capacidad se desarrolló en los años veinte. La capacidad mundial de construcción de buques, por ejemplo, casi se duplicó durante la guerra y en la época en que el auge de la posguerra fue completo había un número suficiente de buques como para que transcurriese una década o más sin necesidad de nuevas construcciones. La capacidad de producción de hierro y acero en la Europa continental y Gran Bretaña era el 50 por 100 superior a mediados de la década de los veinte que antes de la guerra; sin embargo, en buena parte del período de entreguerras el producto se mantuvo por debajo del nivel de antes de la guerra. La industria del carbón también se vio afectada negativamente por una aguda desaceleración en el crecimiento de la demanda y la apertura de nuevas minas en el continente. Además, el problema no se limitó de ningún modo sólo a Europa. Muchos países ultramarinos expandieron su base primaria e industrial en respuesta a las demandas de la guerra e inevitablemente esto planteó una amenaza para los productores europeos cuando su producción se recuperó. La situación fue tal vez más grave con respecto a los productos primarios. La amplia expansión de la producción de trigo en América del Norte y Australia y de azúcar en Cuba habría significado la ruina para los productores europeos con altos costes de no ser por la protección arancelaria.

El problema se agravó, por supuesto, por el hecho de que la guerra estimuló la sustitución de importaciones y el nacionalismo económico. Una de las más notables perjudicadas a este respecto fue la industria algodonera de Lancashire, pero fue sólo una entre muchas. Las principales naciones industriales se enfrentaron con el mismo proceso en una amplia línea de mercancías manufacturadas, y también participaron en el juego. La manufactura de tintes proporciona una buena ilustración de este punto. Antes de la guerra, Alemania

producía más del 80 por 100 de la producción mundial de tintes. Cuando esta fuente de aprovisionamiento fue cortada durante las hostilidades, varios países, incluyendo Gran Bretaña, Francia, Italia y Japón, fueron obligados a aumentar su propio producto. Se crearon importantes industrias de tinte y seguidamente fueron protegidas, con el resultado de que la participación de Alemania en la producción mundial había caído al 46 por 100 en 1924.

Finalmente, los nuevos desarrollos técnicos y la aceleración en la aplicación de los existentes se añadieron al problema estructural e inevitablemente originaron un exceso de capacidad en las industrias en competencia. El impulso dado a la electricidad y al petróleo, al motor de combustión interna y al rayón, son algunos de los ejemplos más obvios, todo lo cual tuvo serias repercusiones en la prosperidad futura entre las más antiguas industrias más importantes. En un contexto a largo plazo también podría mencionarse a la aviación, cuya viabilidad se evidenció claramente como consecuencia de las actividades aéreas del período bélico, pero no supuso una amenaza real al transporte de superficie y oceánico hasta después de la segunda guerra mundial. El caso sueco ilustra muy bien cómo la aparición simultánea de una serie de innovaciones y nuevos métodos, juntamente con una aplicación más rápida de los métodos existentes crearon tensiones entre los nuevos y los viejos sectores de actividad, forzando a una liquidación rápida y penosa de estos últimos. Afortunadamente, Suecia llevó a cabo el proceso de transformación muy deprisa y por ello evitó algunos de los problemas estructurales más graves con los que iban a enfrentarse los países capitalistas más antiguos durante el período de entreguerras.

7. CAMBIOS POLÍTICOS Y SOCIALES

Aunque el asunto inmediato de este libro tiene que ver con los temas económicos, es importante subrayar que la guerra tuvo importantes consecuencias políticas y sociales que iban a influir inmediatamente, si no a determinar, el curso del desarrollo de muchos países europeos. Está claro que difícilmente podría esperarse que la vida política y social permaneciera inmune después de una guerra de tal magnitud. La gran mezcla de clases sociales dentro de los estratos militares, la influencia de las mujeres en las ocupaciones industriales, el fortalecimiento del sindicalismo y la participación de los trabajadores en la industria, y el efecto nivelador de la elevada presión fiscal, difícilmente podían dejar de producir algún impacto en la sociedad.

En particular, estos cambios hallaron su expresión en la demanda de un gobierno más democrático y de una mayor igualdad. Inevitablemente, la respuesta se quedó corta con respecto al ideal, pero puede haber pocas dudas de

que intensificó la conciencia social y preparó el terreno para la mejora de las condiciones de las clases menos afortunadas de la sociedad. A veces, el progreso puede haber parecido lento, pero las clases más bajas se vieron beneficiadas a largo plazo por la participación creciente del estado en los asuntos económicos y sociales. A su vez, esta participación puede adscribirse en parte a la influencia de la guerra. Ésta proporcionó a los gobiernos una considerable experiencia en la dirección de los asuntos económicos y aunque la mayor parte del aparato de control del período bélico fue abandonada precipitadamente, ya se había establecido y parcialmente aceptado el precedente para una mayor participación estatal. En segundo lugar, la propia guerra puso de manifiesto algunas de las desigualdades e injusticias sociales presentes en la mayor parte de sociedades. En tercer lugar, y quizá lo más importante, elevó el permisivo nivel de la presión fiscal. Aunque se redujeron los altos niveles de presión fiscal del período bélico, los tipos impositivos no volvieron nunca a los anteriores niveles del tiempo de paz; el efecto de desplazamiento trabajó a favor de niveles impositivos permanentemente más altos. Esto confirió a los gobiernos una influencia mucho mayor en los asuntos económicos y proporcionó una base para una reforma social más amplia que la que se hubiera podido conseguir con los sistemas fiscales de antes de la guerra.

Por tanto, en este aspecto, la guerra podría considerarse beneficiosa para la sociedad. Sin embargo, en un contexto más amplio puede argumentarse que tuvo un efecto adverso, ya que debilitó seriamente la estabilidad de las estructuras sociales existentes. Para algunas personas, por supuesto, esto fue indudablemente una ganancia porque otorgó un mayor poder a las clases más bajas, cuyo descontento acumulado desde hacía mucho tiempo atrás se expresó enérgicamente cuando su posición se vio fortalecida. Esto preparó el camino para las sacudidas y los trastornos en la sociedad, así que las clases más bajas chocaron con las en otro tiempo atrincheradas clases dominantes. Rusia proporciona el mejor ejemplo en el sentido de que el *coup* político fue un éxito completo, aunque económicamente fuera desastroso a corto plazo. En este caso, las semillas del cambio habían sido sembradas mucho antes de 1914, aunque es discutible si habrían producido fruto tan temprano, o si no lo habrían producido en absoluto, de no haber sido por la guerra. En otras partes, los acontecimientos fueron mucho menos dramáticos, aunque algunos países se mantuvieron cerrados a la revolución social en el inmediato período de posguerra. El grado de éxito generalmente fue limitado y de corta vida. Hungría produjo una dictadura comunista en 1919, mientras que los regímenes existentes en Alemania, Austria, Bulgaria y Turquía eran depuestos, aunque las reposiciones difícilmente podían considerarse como revolucionarias. En Italia hubo una ola de huelgas, con ocupaciones de fábricas y granjas por los obreros, pero de nuevo fue poco relevante lo que se consiguió. Por su-

puesto, las huelgas fueron un lugar común en el mundo occidental, más allá de las consecuencias de la guerra. El crecimiento del tamaño e importancia de las organizaciones obreras durante la guerra fortaleció el poder de los trabajadores y propició la aparición de un grave malestar industrial en la mayoría de los países. Francia, Gran Bretaña y Estados Unidos, en particular, se vieron afectados por huelgas masivas, algunas de ellas inspiradas en motivos políticos, pero en general los logros concretos fueron muy limitados o se perdieron en la depresión subsiguiente.

Al mismo tiempo que aparecían los nuevos regímenes en Europa central y oriental, se produjeron demandas ampliamente difundidas de reforma agraria, que anticiparon la fragmentación de grandes propiedades y la redistribución de la tierra a pequeños agricultores empobrecidos; siendo Rusia la posible excepción, porque allí el fin último era liquidar al agricultor independiente. En conjunto, doce países europeos llevaron a cabo reformas agrarias y unos treinta millones de hectáreas, o sea el 11 por 100 del territorio total, fue redistribuido. Más de la mitad de la superficie fue adjudicada a los antiguos arrendatarios, trabajadores sin tierra y propietarios de pequeñas parcelas, una cuarta parte fue adquirida por el estado y el resto fue conservado por los antiguos terratenientes. El área redistribuida fue mayor en Letonia y Rumanía, aproximadamente el 42 y el 30 por 100 respectivamente, y la menor en Finlandia y Bulgaria, un 2 por 100.

Pocos países escaparon de la conmoción social y política de estos años. Lo importante no es el grado de éxito alcanzado, que en general fue muy pequeño, sino el hecho de que el tejido social se vio debilitado por tales acontecimientos. Ello condujo a gobiernos débiles e, inevitablemente, a políticas que impidieron la reconstrucción y el progreso económico. Por ejemplo, el movimiento contra las fuerzas de la reacción en Alemania llevó a una serie de gobiernos débiles bajo la República de Weimar, que fueron impotentes para detener el progreso de la inflación. De modo semejante, los trastornos políticos en Bulgaria se tradujeron en políticas —con notable sacrificio de los propietarios de riqueza y capital— que penalizaron la iniciativa económica y por esa razón paralizaron las fuerzas de recuperación económica. Tampoco las reformas de la propiedad de la tierra en el Este produjeron beneficios económicos inmediatos. En efecto, a causa de la fragmentación de las propiedades, los excedentes comercializables de productos agrícolas disminuyeron con frecuencia después de realizada la reforma. Así, aunque deseable en la práctica, probablemente sería acertado decir que en términos netos el movimiento hacia una mayor igualdad política y social no favoreció del mejor modo los intereses de la tarea inmediata de recuperación.

8. CAMBIOS DE POLÍTICA EN LA POSGUERRA

Poca duda puede haber de que la guerra dejó a Europa en un estado seriamente debilitado. Pocos países salieron ilesos de su influencia y para muchos países la tarea de reconstrucción y recuperación fue sustancial. En la época del armisticio pocos estadistas del mundo apreciaron completamente la enormidad de los problemas económicos que la guerra había dejado tras de sí. Además, en general se pensó que tales problemas desaparecerían pronto una vez que las cosas volvieran a la normalidad, y volver a la normalidad quería decir recrear el mundo que se había perdido. Así, en contraste con la situación después de 1945, cuando las condiciones económicas fueron mucho peores, los gobiernos intentaron en vano regresar al pasado, sin percatarse de que no era posible volver ya que las condiciones habían cambiado sustancialmente. Sólo cuando fue demasiado tarde, cuando una nueva serie de problemas surgió en forma de depresión mundial, se dieron cuenta de que el pasado no tenía ningún atractivo especial. Alguien puede decir que este juicio es demasiado severo. Podría argumentarse que los estadistas se vieron comprometidos por una serie de acontecimientos, a consecuencia de los cuales tuvieron poco tiempo y energía para dedicar a problemas más fundamentales. Ciertamente, en los primeros años después de la guerra hubo mucho en qué ocupar a los políticos, aunque algunas de sus decisiones sugieren que los anteriores comentarios no se alejan mucho de la verdad. Los años de la inmediata posguerra no se distinguieron especialmente por decisiones sabias.

Es verdad que en principio hubo signos de que los gobiernos trataban de planificar un futuro mejor. Los grandiosos proyectos de reconstrucción estaban siendo planeados en las últimas etapas de la guerra, se consideraba la ayuda a Europa, y parecía posible que la experiencia beneficiosa de la cooperación internacional durante la guerra pudiera ser fructífera en tiempo de paz. Los catorce puntos del presidente Wilson y la puesta en marcha de la Sociedad de Naciones parecieron anunciar un nuevo espíritu de armonía y buena voluntad internacionales. Con todo, en menos de tres años quedó poco de estos elevados ideales. Por una serie de cambios de política, las potencias aliadas dejaron a Europa en un estado más precario que en el momento del armisticio. En particular, las disposiciones de los tratados de paz, el abandono de la ayuda a Europa y las medidas tomadas para controlar el auge de 1919-1920, afectaron negativamente a la recuperación de Europa.